

LA GUERRA CARLISTA

paz de la aldea, rezando por los muertos á la sombra de los cipreses, donde cantaba un mirlo en la puesta solar.



XXII

En el cementerio estaba un viejo con dos cabras que pacían la yerba de las sepulturas. La monja y la novicia, para no equivocarse el camino de la aldea, aprovecharon salir con el pastor. Era un sendero verde, todo en paz de oración, y el viejo hablaba en vascuence y reía enseñando su boca sin dientes. Era todo cristalino el paisaje, y los montes parecían de amatista. Cerca de la aldea una mujer que descansaba en la orilla del camino, se alzó y corrió al encuen-

LA GUERRA CARLISTA

tro de las monjas. Era Josepa la de Arguiña:

—Pues antes las descubri entre los negros, y maginé que las conducían presas. Por sonsacar anduve enseñando las casas, á los que acá se quedan alojados... ¡Y de Roquito, la gran valentía!... Todo les contaré... ¿Y agora, por este camino, adonde es el caminar, con mi guelo de las cabras?

Respondió la Madre Isabel:

—¿Tú sabes dónde podríamos pasar la noche?

Murmuró Eladia que había entendido la pregunta:

—Un rincón en un pesebre.

—Su buena cama tendrán, donde reposarse.

¡Ay, y qué arriscos me traen!...

Repitió Eladia:

—Un rincón en un pesebre, con su vaca y su mula, que no tuvo más el Niño Jesús.

EL RESPLANDOR DE LA HOGUERA

—Acaba, señorica, por pedir su santa cruz...

¡Pues de Roquito la gran valentía!...

Interrogó Eladia:

—¿Qué fué del niño?

—Lo tengo en un caserío. Allí es donde tendrán hospedaje sus señorías... Pues el ama joven está criando, y me hace la caridad de darle una teta. Yo quedeme sin gota de leche... Toda se me ha esparcido por el cuerpo. Ayer al echarme á dormir, quiteme la camisa, y, encontréme el cuerpo muy más blanco, con todo de estar á las oscuras.

Torcí por un sendero el viejo de las cabras, y las tres mujeres continuaron solas hacia la aldea. Entraron por una calle de huertos yucas bajas que humeaban en la paz tardecina, esparciendo en el aire el olor de la pinocha quemada. Fué cosa de un momento atravesar la

LA GUERRA CARLISTA

aldea y salir al campo por el otro lado, un campo de nogales viejos, donde había una capilla. La Josepa señaló el caserío que se destacaba en silueta sobre el oro de la puesta:

—¡Allí es!

Era una casa negra, con una parra negra y sin hojas, tras una cerca asombrada por la copa negra de un nogal. Murmuró Eladia, mirando á la monja:

—¿Nos recibirán, Madrecita?

Interrumpió la Josepa:

—Es gente toda muy leal al Rey Don Carlos. Viene ello desde la otra guerra donde ya anduvieron los abuelos. ¡Al uno lo afusilaron!...

La Madre Isabel posó en la mendiga sus ojos serenos y profundos:

—¿Tú conoces á los amos?

Josepa la de Arguiña sonrió humilde:

EL RESPLANDOR DE LA HOGUERA

—Mi verdad, sabía quiénes eran, pero hasta ayer, nunca había comido su pan.

—¡Y nos lo ofreces ya!

La Josepa, después de mirar á todos lados, dijo al oído de la monja:

—Roquito está oculto ahí.

Llena de terror y misterio, levantaba la mano señalando al caserío. Eladia, como nada comprendía, fijaba en la monja sus ojos de una timidez serena y amante. La Madre Isabel le acarició la cabeza:

—¡Florecita Franciscana!

Continuó la mendiga, siempre mirando en torno:

—Aún no les dije. En la cárcel de Olaz estaban de concierto todos los presos para escapar á los carlistas... Ello fué la misma noche que dormía allí Roquito. Pues escaparon con el carce-

LA GUERRA CARLISTA

lero á la cabeza, y levantaron partida. Lo primero fué venir á este caserío, donde tenían muchas carabinas ocultas.

—¿Roquito no fué con ellos?

—No podía. Quedó escondido hasta curarse una herida que tiene en la espalda, desde que hizo la gran valentía de San Paúl. Porque fué Roquito quien hizo aquella gran valentía cuando escapó de la venta.

Estaban llegando á la casa, y salió al camino un perro que arrastraba un pedazo de cadena. Las monjas se detuvieron asustadas, mientras la mendiga andaba agachada buscando una piedra. Con ella en la mano avanzó dando voces:

—¡Ugena! ¡Ugena!

Salió una labradora joven, que, sin gran apuro, llamó al perro y recorrió el camino, hasta cogerle de la cadena:

EL RESPLANDOR DE LA HOGUERA

—No hace daño.

Josepa la de Arguiña se acercó sin soltar la piedra que llevaba empuñada:

—¡Te quebraba una pata, borrachón!

La mujer del caserío dirigió una mirada de recelo á las dos mujeres que continuaban inmóviles en medio del camino, y bajó la voz, hablando muy quedo con la de Arguiña:

—Vinieron cuatro soldados con la boleta.

La mendiga abrió los ojos llenos de sombras:

—¿Y Roquito?... ¡Mi Dios, nunca hay sosiego!

Aquella voz, acostumbrada á la canturía humilde de pedir por las puertas, se ungió de terror y misterio. Contestó el ama, después de llevarse un dedo á los labios:

—¡Bien escondido te está!

La Josepa espantó los ojos al mismo tiempo:

LA GUERRA CARLISTA

que se metía las manos en el pecho, con un escalofrío:

—¡Mi Dios, os quemaban á todos dentro de la casa si llegarían á descubrirlo!... ¡La misma pena que él dió á los otros!

Se desvió un momento del ama, y llamó á las monjas para que se acercaran. Las cuatro mujeres se juntaron en medio del camino, bajo la sombra del nogal, y comenzó la mendiga un susurro de plegaria:

—¡Ugena, hija de buenos padres, dije á estas almas benditas, quién tú eras! ¡No las engañé, si les dije que tenía el corazón más blando que la manteca, el ama joven de Urría! ¡Más dulce miel tiene mi ama en el corazón, que una sandía de Calahorra! Pues estas dos señoras venían por pasar aquí la noche recogidas.

Saltó el ama:

EL RESPLANDOR DE LA HOGUERA

—¡Ay, que no podrá ser! Tenemos alojados...

La Madre Isabel inclinó la cabeza, y luego dijo con una sonrisa austera:

—Venimos de muy lejos, y llegamos á esta casa, solamente guiadas por su fama de caridad... Pero si atan el perro, pasaremos la noche en el quicio de la puerta.

La mendiga tocó á hurto el brazo de la monja:

—Descúbrase ante ella, señora Madre.

Sonrió la monja:

—Nuestro vestido no dice nuestra condición.

El ama atendía con un vago recelo, mal escondido bajo la sonrisa de su boca toda bermeja y campesina. La Josepa alzó las manos que parecían de humo en la niebla del crepúsculo:

—Son monjas que van al hospital, donde cuida de los heridos la Señora Reina.

Sobre las cuatro mujeres, inmóviles en medio

LA GUERRA CARLISTA

del camino, caía la sombra del nogal, y Josepa la de Arguiña ponía en su acento, la vaguedad medrosa de la hora. El ama joven, al oír que eran monjas, quería besarles las manos. Después las hizo marchar delante, y las condujo al caserío en procesión, con aquella sonrisa sana y geórgica de las buenas caseras cuando entra por sus puertas el don de las vendimias y de las siegas. La bendición de Dios.



XXIII

Las monjas durmieron en el sobrado, las dos en una cama con sábanas de hilo casero, bien espiagadas, y jergón de maíz hopado y esponjado como el pan de fiesta al salir del horno. Durmieron vestidas y con gran zozobra, oyendo abajo el ronquido de los alojados, y el andar reueloso de los caseros, toda la noche alerta, rondando por los establos y á la redonda del huerto. Los alojados del caserío eran cuatro ampurdaneses que hablaban un catalán violento, de ru-

LA GUERRA CARLISTA

deza visigoda. El ama sólo les diera leña, sal y un caldero para que pudiesen hacer su rancho en un rincón del hogar. Pasaron la prima noche jugando á las cartas, y luego se tumbaron á dormir en la cocina. El amo viejo los miraba como á bárbaros. Para aquel aldeano que aún regía su casa por usanzas patriarcales, el extranjero había hablado siempre en el austero rezo de Castilla. Oía á los ampurdaneses con una sonrisa maliciosa, acariciando la tabaquera, y ponía igualdad entre la zalagarda de los canes y aquel toscos vocear agresivo y sanguíneo, que desgarraba las bocas y violentaba los gestos. No salió de la cocina hasta que los vió dormidos: Entonces fué al establo para la ordeña, y allí se le juntaron la nuera y Josepa la de Arguiña. Hablaron los tres con gran sigilo. El viejo:

-- No me acostaré en toda la noche.

EL RESPLANDOR DE LA HOGUERA

Ugena, la nuera:

—¡Ay, qué perdición nos vino con el tal Roquito Roque!

Josepa la de Arguiña:

—¡Pues si está seguro!

El amo viejo comienza la ordeña arrodillado sobre los granciones que cubren el suelo del establo. Tiene la grave serenidad de un patriarca:

—¡Seguro!... Si un ángel lo cubre con sus alas, estará seguro... A uno que iba por un camino lo dejaron pasar, y á otro que estaba en una cueva dieron con él.

Lamentó Ugena:

—Si lo descubren á todos nos degüellan.

Y con la basquiña echada por la cabeza fué á sentarse en el umbral, bajo la luna: Estaba alerta, escudriñando con los ojos en la sombra de los nogales. La Josepa, llena de recelo, salió

LA GUERRA CARLISTA

también á la puerta, y luego el viejo, que se sentó entre las dos mujeres acariciando la tabaquera:

—Dios, que nos da la vida, nos da la muerte. Pero podría ser que sólo á mí afusilasen, mirando á que soy el amo, y donde hay amo, no manda criado... Pues entonces con vosotras las mujeres no tocarían.

Susurró la Josepa:

—¿Adónde está escondido, y...?

El viejo movió muy despacio la cabeza:

—¡Está bien escondido!

Ugena agachó la cara contra el hombro de la mendiga:

—Pues en la chimenea está.

El amo sonrió al recuerdo:

—¡Cómo trepaba, tú!

Comentó la nuera, con la voz llena de sombra:

EL RESPLANDOR DE LA HOGUERA

—¡Parecía el trasgo cabrón!

Y saltó la mendiga:

—¡Ay, qué comparanza trae el ama Ugena! Las dos mujeres se santiguaron, y el viejo se levantó despacio para ir á la cocina. Estuvo un momento en la puerta, y luego se llegó al hogar. Acurrucado sobre la piedra, fingía calentarse en el rescoldo, y ponía en alto los ojos para escudriñar la negrura de la chimenea. Los soldados seguían dormidos, brillaban en un rincón los fusiles, y los ojos del gato acechaban entre la ceniza. El viejo volvió á salir con la misma cautela que había entrado momentos antes, y halló que las mujeres ya no estaban en el umbral del establo. Arrecidas de frío, recogíanse al calor de las ovejas, y hablaban á media voz, sentadas sobre las rodillas. El viejo entró, y ellas se encogieron más al interrogarle. Dijo la nuera:

LA GUERRA CARLISTA

—¿Signe en la chimenea?

—Nada pude ver.

Se removió la mendiga con un estremecimiento:

—Bien pudiera haber salido al tejado.

Habló con pausa doctoral el amo viejo, al mismo tiempo que rascaba el testuz de una oveja despabilada:

—De todos los lados del camino lo descubrirían, tú.

Quedaron los tres en silencio, y al cabo, como si despertase de un sueño, dijo suspirando la nuera:

—Pues si quisiera salir al tejado, tampoco acertaría. Pedrín Domingo, Dios me lo guarde, puso en lo alto una reja de fierro para los ladrones. ¿No acuerda, señor?

El viejo afirmó, moviendo en el aire la misma

EL RESPLANDOR DE LA HOGUERA

mano con que acariciaba el testuz de la oveja. Volvieron á quedar en silencio. Las mujeres se adormilaban cabeceando, y de pronto, llenas de sobresalto, abrían los ojos. Una vez, porque lloraban los niños que dormían en el pesebre bajo unas jalmas; otra vez, porque cantaba un gallo; otra, porque batía una puerta sin sujetadero. Se despertaron juntas, oyendo las campanas de la madrugada, salieron al huerto, y para disimular su zozobra, mientras se lavaban en el pozo, se pusieron á cantar. Estando en esto, vieron al viejo que, muy demudado, alcanzaba por debajo de la parrá:

—¡Apenas salís del sueño, ya estáis con el cantolari!

Las mujeres callaron y se pusieron á sacudir en el aire las manos mojadas de agua: Susurron á una voz:

LA GUERRA CARLISTA

—¿Ay, nos diga qué pasa, tío Tibal?

—¡Esos negros han encendido una gran hoguera!... Pues abrasan vivo al sacristanico.

Las mujeres, con los ojos llenos de susto, miraron el humo que volaba sobre el tejado. La de Arguiña se dejó caer al pie del brocal, raspándose la greña al mismo tiempo que hablaba lastimera:

—¡Querías el martirio como los santos, pues ya lo tienes, borrachón!

Ugena se acercó al viejo:

—Escape usted al monte, güelo. El sacristanico comenzará á dar voces cuando el cuerpo le escalde, y todo se declarará... A usted si lo cogen, lo afusilan. Váyase al monte, güelo, váyase al monte.

Y le empujaba varonil y entera. El viejo parecía acobardado:

EL RESPLANDOR DE LA HOGUERA

—¡Ya se verá! ¡Que ya se verá!... Pues si el sacristanico habría gateado á lo alto, el fuego no arriba tan cimero...

La nuera seguía empujándole:

—Escape usted al monte, güelo.

—¿No alcanzas que lo pegarán contigo, hija?

—Yo le culparé á usted muy bien culpado...

Suspiró la Josepa:

—Tío Tibal, váyase, que como le vean huído, lo han de creer.

El amo viejo miró la casa, despidiéndose, y salió silencioso, con la frente baja. Las mujeres se santiguaron. Dijo la de Arguiña:

—¡Dios vaya con él!

Y Ugena, el ana joven:

—¡Roquito, Roque, qué ventura nos trujiste!

Con esto entraron á la cocina, que estaba llena de humo. Ateridos de la noche, los soldados ha-

LA GUERRA CARLISTA

bían echado al hogar un haz de tojo dispuesto para la coedura del Sábado. Viendo aquella gran llamarada, se dijeron con los ojos su terror.



XXIV

Un momento que los ampurdaneses se divertían fuera con el juego de las chapas, la mendiga asomó la cabeza mirando bajo la campana de la chimenea:

—Ten paciencia, Roquito.

Llegó de lo alto una voz lastimera:

—¡Me abrasan vivo!

—Ten paciencia.

—Mira de esbaratar la lumbre.

La Josepa quiso hacerlo, pero en aquel mo

LA GUERRA CARLISTA

mento entró un soldado, que le dió una aguja enhebrada para que le asegurase los botones del capote. Sin esperar respuesta, le tomó al niño de los brazos y empezó á cantarle:

—¡Ay, ay, ay, mutillá!...

A poco, los otros soldados se metían dentro, corriendo bajo la amenaza de una nube negra que empezaba á descargar en gruesas gotas. Cerró la mañana en agua, y los cuatro ampurdaneses se congregaron á la redonda del fuego, limpiando las armas. Las mujeres rezaban en el sobrado, arrodilladas ante una ventana, estremecida por el viento y la lluvia, toda trágica cuando se llenaba con el resplandor de los relámpagos. Ugena, de tiempo en tiempo, salía sin ruido, y vagaba del establo á la cocina, con los ojos agrandados y el andar silencioso. Otras veces, quien venía á sentarse en un

EL RESPLANDOR DE LA HOGUERA

canto del hogar y procuraba á hurto desbaratar el fuego, era Josepa la de Arguiña. Los soldados la amenazaban con las bayonetas entre bárbaras risas, mientras cocía su rancho como el caldero de los ladrones. De pronto el perro aparecióse en la cocina y comenzó á ladrar furiosamente debajo de la chimenea. Llama á voces el ama desde fuera, y explica muy pálida á los soldados Josepa la de Arguiña:

—¡Ha visto algún gato!

Los otros reían, con el caldero ya separado de la lumbre, y en las cucharas de peltre, le ofrecían del rancho al can y á la mujeruca que lo arrastra de la cadena. Seguía lejana y clamante la voz del ama:

—¡Poca Pena! ¡Poca Pena!

Hubo algún escampo y los soldados salieron de la cocina para seguir el juego de las chapas

LA GUERRA CARLISTA

bajo la parra que goteaba. La Josepa habló, metiendo la voz por la campana de la chimenea:

—¡Bien te curas al humo, Roquito!

Gimió el sacristán en lo alto:

—¡Ya más no puedo!

—¿Querías el martirio como los santos? ¡Pues ya lo tienes, borrachón!

—¡Me abraso de sed!... ¿No podrias alcanzarme una gota de agua?

La mendiga llenó una herrada, y con ella en las manos, antes de trepar al hogar, asomó á la ventana:

—¡Están en la codicia del juego!... ¡Bebe y afogate, Roquito!

Sostenía la herrada con los brazos en alto, sin apartar los ojos de la puerta. Bajaron las manos negras del sacristán: Se le sintió beber

EL RESPLANDOR DE LA HOGUERA

en la sombra. La Josepa recogió la herrada vacía. Aparecióse el ama:

—¿Tendrán algún recelo, tú?... Todo es mirar el humo que vuela sobre el tejado, y hablar en su lenguaje.

Respondió la de Arguiña:

—Antes pasó mismamente. Es ello por conocer el tiempo.

Gimió Roquito:

—¡Sacaime de aquí! ¿No tenéis otro lugar en donde me esconda? ¡El humo me ahoga!

Saltó el ama con los ojos en alarma:

—¡Roquito, Roque, qué ventura nos trujiste! Pues otro sitio no tenemos, si no es el ruedo del alda, como dice la güela del caserío de Briz.

Lloró Roquito:

—¡Aquí muero!... ¡Vaites! ¡Vaites!... ¡Aquí muero abrasado!

LA GUERRA CARLISTA

Respondió la Josepa con la voz ronca, metiéndose bajo la chimenea:

—Así te escostumbras para cuando caigas en la caldera de los demonios, borrachón. Haz agora lo que hiciste cuando te mandaron con la partida las señoras Madres. ¡Baja ya, mujerica, y decláralo todo y que á todos nos afusilen!... ¿Por qué es alabarte de la gran valentía de San Paúl?

Roquito empezó á reir y á llorar en lo alto:

—¡Viva Carlos VII!... ¡Calla tu lengua de escorpión!... ¡Moriré abrasado! ¡Quiero el martirio de un santo bendito!... ¡Viva Carlos VII!

Las dos mujeres suplicaron:

—¡Calla, Roquito, que nos pierdes!

El sacristán reía con una risa loca, enorme y resonante en el hueco de la chimenea:

—¡Si tuviera un cañón de veinticuatro!

EL RESPLANDOR DE LA HOGUERA

—¡Que nos pierdes, Roquito!

Extinguióse la risa del sacristán, y la cocina quedó en silencio. Pálidas del susto, las mujeres subieron al piso alto para rezar con las monjas. Toda la casa estaba llena de humo: Sentíase tras de las puertas el ulular del viento, y los soldados volvían á refugiarse en la cocina, esquivados por otro chubasco, y el ama, luego de rezar un rato, volvía á vagar de una parte á otra, con los ojos agrandados. Y así pasaba el día, entre chubascos y claros de sol, lleno de tristeza y de susto... Ya de tarde, sonaba una corneta con el claro canto de llamada, y los alojados se partían por el camino aldeano, de dos en dos. Ugena y las monjas, desde la ventana del sobrado, los vieron desaparecer á lo lejos. Bajaron corriendo y dando gritos:

—¡Ya no se les alcanza con los ojos!

LA GUERRA CARLISTA

—¡Estás en salvo, Roquito!

—¡Dios lo hace!

La Josepa, con las manos trémulas, barría el fuego del hogar. Roquito se dejó caer de lo alto de la chimenea. Tenía la cara toda en una ampolla negra y roja. Sin levantarse comenzó á clamar:

—¡Nada veo! ¡Nada veo!

La mendiga se acercó y dió un grito:

—¡Tiene abrasado el cristal de los ojos!

Con silencioso espanto, las mujeres juntan las cabezas en un racimo para contemplar aquellos ojos ciegos y llagados.



ASÍ TERMINA EL RESPLANDOR DE LA HOGuera

